



"Marathon man", de John Schlesinger (1976).

García Pintado, Moisés Pérez Cotterillo, Manuel Gil, Xavier Fábregas, GIT, Alfredo Alonso, Gloria Berrocal, Ricardo Domech, Angel Facio, Angel Fernández Santos y Angel Alonso. Muchos son los problemas abordados en estos dos números. El discurso de "Pipirijaina" no ha hecho más que comenzar. Inútil añadir que celebramos la presencia de la revista y que esperamos de Moisés Pérez Cotterillo, su director, y del valioso equipo de colaboradores, un trabajo útil para la sociedad española y su teatro. ■ JOSE MONLEON.

CINE

Cóctel para un "best-seller"

Un antiguo jefe de campos de concentración nazis, un universitario que sueña con emular las hazañas maratonianas de Abebe Bikila, un agente de cierta organización secreta creada para llegar allí donde no pueden hacerlo —¿dónde será?— ni la CIA ni el FBI, un intelectual (padre de los dos personajes anteriores) que se suicidó tras ser víctima de la represión maccarthysta, una "Meta-Hari" de andar por casa fingiéndose apasionada estudiante suiza, un fabuloso tesoro en forma de diamantes logrado por el viejo nazi mediante chantajes a familias de judíos deportados en tiempos de Hitler, una

manifestación en París contra la contaminación atmosférica, una descripción del barrio de Nueva York en que se asientan los joyeros de origen hebreo... No, no es ninguna relación caprichosa ni enloquecida por mi parte; es la simple enumeración de algunos de los elementos que componen la trama argumental de "Marathon man", de John Schlesinger (1976), basada en el "best-seller" novelístico del mismo nombre y de cuya "coherencia" y "economía narrativa" pueden dar idea las líneas precedentes. Para que no se le ocurriera a nadie que había existido una "traición" del film respecto a su precedente literario, ha sido el propio autor de éste —William Goldman, firmante también del "script" de "Todos los hombres del Presidente", entre otros trabajos— el encargado de redactar el guión. Y lo ha hecho con idéntico espíritu al que antes le inspirara la escritura de la novela: lograr un cóctel lo más variopinto y extravagante posible, al que no le faltará la guinda de unas alusiones políticas que ahora venden bien en el mercado. Es la fórmula del "best-seller" que cabría calificar de "moderno", donde lo que se impone es la sorpresa continua al lector —y después espectador— mediante la combinación gratuita y oportunista de temas que estén de actualidad y despierten resonancias concretas en aquellos que compran el libro o ven la película. Es, en resumen, una operación de mercado por parte de la industria "cultural" norteamericana, a la que John Schlesinger ("Domingo, maldito domingo") se ha prestado con suma complacencia, lo que no debe resultar extraño, dado el oportunismo que ya respiraban "Mid-

night cow-boy" o "The day of the locust", su película anterior a "Marathon man" y aún no estrenada entre nosotros. Dustin Hoffman colabora en la empresa eficazmente: ingenio a la busca de un padre perdido, consigue que el malvado nazi le taladre un diente a base de torno chirriante para así ofrecernos su número de tullido físico, tan acreditado y de tanto éxito. ■ FERNANDO LARA.

"La escalera"

Plantear el tema de la homosexualidad a través de ese esquema tan habitual en cierto teatro inglés o americano de dos personajes encerrados en un único decorado y debatiendo entre ellos dos posturas extremas ante el mismo conflicto, podía ser un sistema tan válido como otro cualquiera a condición de que esos dos personajes no queden excesivamente concretados en casos particulares. Es absurdo querer encontrar constantes profundas de algún tipo en personajes de conducta sexual simi-

generales de ese teatro social inglés antes mencionado a cualquier mundo marginado. La marginación es diferente en cada caso y la forma individual de soportarla, intransferible. Realizada en 1969 y prohibida en España hasta hoy, "La escalera", de Stanley Donen, tenía en España el carácter de obra maldita. Siendo Donen un agudo realizador, capaz, por ejemplo, de títulos como "Dos en la carretera" (que se emitió la pasada semana en TVE), parecía que su planteamiento del mundo homosexual podía ofrecer aspectos incisivos y renovadores. Nada más lejos de la realidad. Independientemente de que los dos hombres protagonistas de la película sean homosexuales, sus características particulares son igualmente falsas y esquemáticas. Víctimas de esquemáticas neurosis, estos dos personajes viven una confusa relación de dependencia, de sadomasoquismo, de melodrama. Uno de ellos, viejo actor fracasado, no hace durante hora y media más que repetir "tics" consabidos y repetidos en otras películas (o piezas



Rex Harrison y Richard Burton en "La escalera", de Stanley Donen (1969).

lar; la similitud está vista desde fuera y es por lo tanto falsa; una conducta sexual no crea carácter determinante. La homosexualidad, pues, como tema polémico, se reduce a la presión social que se ejerce sobre ella, los "tics" que ésta represión provoca y, en cualquier caso, a los movimientos generalizados en defensa de la misma creados en los últimos años. Quiero decir que "la homosexualidad", en términos absolutos, no puede entenderse a través del caso concreto de un par de homosexuales. Sobre todo, como ocurre en "La escalera", cuando ese "caso" está idealizado literariamente, aplicando los esquemas

teatrales) en las que otro personaje de la misma profesión haya aparecido; ¡ya está bien de reducir el mundo del teatro al histrionismo de algunos actores! El otro personaje, la víctima, es bueno, sufrido y también neurótico porque, siendo peluquero de profesión, sufre una calvicie prematura. ¡Ya está bien, igualmente, de que se utilicen como tragedias "significativas" aspectos laterales! Esa acumulación de problemas desborda el planteamiento inicial: ¿Es Richard Burton un homosexual triste porque es calvo? ¿Es calvo porque es homosexual? ¿Pue la calvicie un castigo divino? Siendo "La escalera" una pe-



ANTONIO GALA

**JUAN MARTIN, "EL EMPECINADO"**

Uno de los hombres que más se habían distinguido por su actividad guerrillera en la lucha contra la ocupación francesa, acaba siendo condenado a muerte por el régimen absolutista de Fernando VII. Esta es la historia de Juan Martín, "El Empecinado", recreada por Antonio Gala para su serie televisiva "Paisaje con figuras" y que TIEMPO DE HISTORIA ofrece íntegra en su número 26.

LEALO EN EL NUMERO DE ENERO DE

**TIEMPO de HISTORIA**

RECORTE O COPIE ESTE BOLETIN Y REMITANOSLO A "TIEMPO DE HISTORIA" CONDE DEL VALLE DE SUCHIL 20 TELEF 447 27 00 MADRID 15

NOMBRE Y APELLIDOS .....  
 CALLE O PLAZA .....  
 N.º .....  
 TELÉFONO .....  
 CIUDAD .....  
 PROVINCIA .....  
 PAIS .....

SUSCRIBANME POR UN PERIODO DE UN AÑO (12 números) ..... Firma,  
 A partir del próximo número del mes de .....

Adjunto TALON BANCARIO nominativo a favor de "Tiempo de Historia"  Envío GIRO POSTAL

SUSCRIPCION ANUAL (12 números): España: 600 pesetas. Extranjero: 850 pesetas. Cuando el suscriptor solicite expresamente el envío de los ejemplares por avión, o certificados, a las tarifas anteriores se incrementarán las sobretasas postales vigentes.

licula superficial y truculenta, era también inevitable referirse al topicazo de las madres. Cada uno de estos personajes tiene la suya, y como es necesario para retratar un ambiente sórdido, esas madres serán viejas, enfermas, repugnantes y odiarán a sus hijos (una de ellas, además, hablará con el suyo de matrimonio cada vez que aparece en escena, con lo que "la tragedia" se agudiza melodramáticamente).

"La escalera" no pudo ser una película interesante ni el mismo año de su realización. Cierto que durante estos siete transcurridos desde entonces han pasado muchas cosas, aunque en España no nos hayamos enterado del todo. Pero pensar que meses después de mayo del 68 hubiera necesidad de transcribir la sordidez de los submundos creados por el capitalismo a través de ese prisma de mala literatura o condensar las diversas actitudes homosexuales a través de un mal actor y un calvo prematuro, parece realmente de cachondeo barato. ■ DIEGO GALAN.

**"Carne para Frankenstein"**

A pesar de que la publicidad española se empeñe en ello, nada tiene que ver Andy Warhol con esta película. Que él haya colaborado con Paul Morrissey, el director de "Carne para Frankenstein", en títulos anteriores, no implica que sus vidas profesionales tengan que estar unidas por los siglos de los siglos. Si los distribuidores no son los responsables inmediatos de la decisión de censura de haber prohibido en España todos los títulos realizados en común o aisladamente por estos cineastas, no por eso tenemos que tragarnos ahora la píldora de que ésta sea una película que los represente en forma alguna. Producida por Carlo Ponti y en unas condiciones económicas que nada tienen que ver con la estrechez de los "underground" warholianos, "Carne para Frankenstein" (1973) pertenece a otro tipo de experiencias, aunque también aparezca aquí Joe Dalessandro, el actor habitual de Morrissey.

Aclarado este punto fundamental para no confundir a nadie, habrá que referirse a la "novedad" que aporta esta película. La recuperación del sistema en relieve que tantos quebraderos de cabeza diera hace años a los técnicos cinematográficos. Mejorada la forma de proyección (antes eran necesarias dos co-

pias de la película que se proyectaban superpuestas, ahora sólo es necesaria una, aunque se precisa igualmente una pantalla especial y unas gafas cómodas para los espectadores), el relieve no ha mejorado gran cosa desde entonces, al menos en la versión que nos ofrece el cine Bulevar, de Madrid. Es difícil creer que las condiciones de proyección de este local son las mismas que cualquier otro: con una pantalla llena de manchas y con unas gafas pequeñas y realmente difíciles de mantener en las orejas, el esfuerzo que hace el espectador es mayor del que debería ser necesario. Cierto es, sin embargo, que algunos de los efectos son realmente ingeniosos y hasta casi perfectos; otros, en cambio, confunden y adormecen.

"Carne para Frankenstein", finalmente, es una humorada sobre las películas del género (como después haría Mel Brooks en "El jovencito Frankenstein"). Humorada torpemente construida, sin grandes hallazgos de ingenio, tendentes en cualquier caso todos a una secuencia final enloquecida y delirante (sin duda lo mejor de la película) que no acaba, no obstante, de justificar la película plenamente. Un año después, Morrissey realizaría con el mismo equipo y con el mismo sistema de relieve "Sangre para Drácula", que ganó a esta película en imaginación y desmitificación del mito.

Otro aspecto que no hay que marginar de esta "Carne para Frankenstein" son los destrozos infringidos por la censura española a muchas de sus secuencias. Las escenas de amor aparecen todas enormemente suavizadas hasta el punto de que alguna de ellas (como, por ejemplo, la del burdel) se hace total y absolutamente incomprensible. Censura, pues, en tercera dimensión, que corta gratuitamente aquí lo que en otras películas es posible ver ya; debe ser el miedo a la sensación táctil percibida por el espectador lo que ha preocupado a los censores, o el esfuerzo de soportar las gafas lo que les ha hecho imaginar más de lo que en la pantalla se veía. De cualquier forma, el dato histórico ya existe: la censura sigue cortando en todas las dimensiones. ■ DIEGO GALAN.

**Monstruo dulcísimo, de ojos llorones...**

Como bofetada de nuevo rico, se lanzan contra el especta-